

# La Violencia en las Relaciones de Pareja de los Jóvenes. ¿Hacia Dónde Caminamos?

## Violence in Young Couples. What is the Way Ahead?

Julia Sebastián, Beatriz Ortiz, Macarena Gil, Marga Gutiérrez del Arroyo, Alba Hernáiz y Juan Hernández  
Universidad Autónoma de Madrid

**Resumen.** La violencia en las relaciones afectivas entre adolescentes y jóvenes constituye un hecho constatable a través de las investigaciones realizadas en nuestro país y en el resto de los países occidentales, lo cual ha provocado un aumento de la preocupación por este hecho tanto por parte de la sociedad, como de los-as profesionales. El presente artículo tiene la intención de revisar la literatura para aportar, a partir de los datos, una reflexión sobre el tema que nos ayude a concienciarnos sobre su importancia, sus consecuencias sobre la salud de los-as jóvenes y sus implicaciones presentes y futuras, sin olvidar su posible derivación hacia la violencia de género –más grave– detectada en parejas estables. El estado de la cuestión debería hacer más sensibles y proactivas a las instituciones educativas en cuanto a la realización de programas de prevención que revise actitudes violentas y sexistas de los-as jóvenes.

*Palabras clave:* violencia en noviazgo, victimización, perpetración.

**Abstract.** Dating violence between teenagers and young couples constitutes a verifiable fact through research across our country and in the rest of western countries. This has led to increased concern over the issue both by society and professionals. This article intends to review the literature in order to reflect on the subject so it leads us to help raise awareness of its importance, its impact on the health of young people and their present and future implications. Not to forget, its possible relation to gender violence, more seriously detected in more stable relationships. The state of affairs should promote sensitive and proactive educational institutions in terms of the implementation of prevention programs to review violent and sexist attitudes within our young and teenagers.

*Key words:* dating violence, victimization, perpetration.

La violencia de género en las relaciones de pareja constituye un grave problema social del que se están haciendo eco tanto las instituciones legislativas y sanitarias como las educativas. El maltrato en la pareja –mayoritariamente femenino– no sólo constituye un problema de derechos humanos y de igualdad entre hombres y mujeres, sino que representa un fracaso de nuestra sociedad en el respeto a la integridad física y psicológica de la persona y en la asunción de valores de equidad, dignidad y derecho a la libertad. En muchas fami-

---

La correspondencia sobre este artículo puede dirigirse a la autora al E-mail: [julia.sebastian@uam.es](mailto:julia.sebastian@uam.es)

lias y parejas la violencia está ocasionando efectos irreparables en su bienestar emocional y social; incluso puede tener un recorrido intergeneracional y, en el peor de los casos, dejar un reguero de muertes anunciadas.

Mucho antes de que esta punta del iceberg pueda observarse nítidamente, la violencia se ha estado instalando en las relaciones cotidianas, silenciosa e imperceptiblemente, sobre todo en aquellos-as individuos-as para los que los roles de hombres y mujeres difieren no solo en su contenido, sino también en su jerarquía e importancia (la inferiorización y subordinación de la mujer es un ejemplo de ello), justificando de esta manera comportamientos de control y dominación. Por otra parte, la omnipresencia y omnipotencia de la violencia como estrategia para resolver conflictos es otro de los aspectos a tener en cuenta a la hora de analizar este problema, ya que el comportamiento violento se ha convertido en una forma habitual de relacionarse o eliminar conflictos. Los modelos agresivos que ofrecen los medios de comunicación pueden estar jugando un papel importante en la admisión de este tipo de comportamiento en las relaciones cotidianas con nuestros semejantes y en las relaciones de intimidad con nuestra pareja.

Aunque la acepción más frecuente de la palabra *violencia* hace referencia a la agresión física (golpes, heridas, roturas, etc.) también tiene otro significado que hace referencia a “violentar”, cómo coaccionar, dominar, someter, controlar, aspectos todos ellos de carácter relacional y psicológico. Ambos aspectos son necesarios para entender el significado del término.

La violencia física, psicológica y sexual en las relaciones de pareja adulta es un tema que ha acaparado gran interés, fácilmente detectable a través de la ingente publicación de artículos de investigación y monografías, pero también desde hace algún tiempo se puede observar el interés creciente hacia el estudio y análisis de las relaciones afectivas entre jóvenes. Y esto es así, porque a nadie se le escapa la posible conexión que pueda haber entre la violencia ya presente en las relaciones entre adolescentes y jóvenes y la posterior violencia que se detecta en parejas adultas y/o en relaciones estables (González y Santana, 2001; Matud, 2007; Swart, Garth y Ricardo, 2002). Sprecher (1999) encontró que el 30 % de las relaciones violentas se casa en los 5 años siguientes. Otra razón importante para trabajar la violencia en adolescentes y jóvenes es porque puede ser que a estas edades el trabajo de prevención tenga un lugar primordial, aunque no exclusivo, a la hora de abordar actitudes y conductas de maltrato.

En cuanto a la epidemiología de la violencia en las relaciones afectivas de jóvenes y adolescentes los datos muestran que parecen ser de magnitud superior a la de las parejas adultas (Fritz y O’leary, 2004; Jackson, Cram y Seymour, 2000; Kury, Obergfell-Funchs y Woessner, 2004), pero de intensidad inferior (Caruana, 2005; Smith, White y Holland, 2003; Straus, 2004). Su frecuencia se sitúa entre un 9 % y un 52% (Frederick y Susan, 2005; Howard y Wang, 2003; Straus y Savage, 2005), lo que supone una alta tasa de prevalencia y, lo que es peor, con consecuencias en la salud física y mental claramente discernibles. Straus (2004), en una muestra extraída de 31 universidades, encontró que un 29 % de media de los-as estudiantes habían ejercido violencia física hacia sus parejas en los 12 meses previos. En el estudio de Swart, Mohamed-Seedat y Izabel, 2002 se llegó a constatar que casi la mitad de las mujeres adolescentes estaban afectadas por este problema. Rivera-Rivera, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce (2006), con una muestra de 4,587 chicas mexicanas, encontraron que el 25% informó haber sido víctima de violencia por parte de sus parejas.

Otra cuestión importante a tener en cuenta a la luz de los datos de las investigaciones realizadas es que la violencia en jóvenes es bidireccional, es decir, practicada tanto por mujeres como por varones. En el metanálisis realizado por Rivera-Rivera (2000) se concluye que las mujeres son ligeramente más proclives a utilizar la violencia física, mientras que otros estudios señalan lo contrario (Foshee, 1996). A este respecto, la mayoría de las investigaciones demuestran que las tasas de prevalencia son muy similares entre chicos y chicas y que la violencia en las parejas jóvenes es bidireccional (González Santana 2001; Molidor y Tolman 1998; O’Leary, Watson, Cascardi y Avery-Leaf, 2001; +Strauss 2004). Por ejemplo, O’Leary y Slep (2003) hallaron que, en el último año, el 39% de las mujeres y el 24% de los hombres habían tenido comportamientos agresivos con sus parejas. Además, aproximadamente el 30% de ambos sexos habían sido víctimas de agresiones físicas por parte de sus compañeros-as. Estos resultados ponen también de manifiesto que es necesario considerar, en ambos

sexos, no sólo la frecuencia de sujetos que realizan conductas de maltrato, sino también la frecuencia de victimización. Por tanto, es necesario hablar de datos referidos a víctimas y a perpetradores.

Por último, hay que hacer notar que la violencia unidireccional no debe quedar invisibilizada por estos datos. Algunos autores estiman que, aproximadamente, en el 50 % de las parejas la violencia es bidireccional (Gray y Foshee, 1997; Malik, Sorenson y Aneshensel, 1997; O'keefe, 1997), aunque en la mayoría de los estudios esta cuestión se pasa por alto y no se ofrece información sobre el porcentaje de violencia bidireccional y unidireccional encontrado y, en este último caso, a qué sexo pertenece el sujeto que la realiza.

Con respecto a los datos, se observa una gran variabilidad en los estudios publicados sobre el tema dependiendo del tipo de violencia estudiada (la mayoría analizan la violencia física), del tipo de instrumentos utilizados en la recogida de los datos (que harán variar las conductas objeto de estudio), la muestra utilizada (mixta, o referida sólo a un sexo, diferentes edades, etc.), las motivaciones o atribuciones que ofrecen tanto la víctima como la persona que los realiza, (que podrán ofrecer un análisis más completo del fenómeno), el tamaño y tipo de la muestra, etc. Así, por ejemplo, algunos autores defienden que las chicas son más violentas psicológicamente que los chicos en cuanto a conductas relacionadas con celos, control, humillación, etc. (Archer, 2000, Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007), pero que los chicos son más violentos físicamente y sexualmente que las chicas (O'keefe, 1997; Schwartz, O'Leary y Kendziora, 1997; Straus, 2004). En cualquier caso, lo que los datos sí parecen poner de manifiesto es que hay más mujeres agresoras en adolescencia y juventud que en la edad adulta (González-Ortega, Echeburúa y Corral, 2008). Por su parte, Harned (2001) encontró una tasa de prevalencia similar en cuanto a la violencia física sufrida por ambos sexos. En lo que si hubo diferencia era en que mientras las mujeres sufrían más violencia sexual, los varones sufrían más violencia psicológica. Por otra parte, también se puso de manifiesto que el impacto de la violencia fue más severa en el caso de las mujeres que en la de los varones.

Un aspecto que nos debe llevar a reflexionar es que la violencia en relaciones afectivas entre jóvenes se produce en una etapa en que se empiezan a hacer realidad las primeras relaciones románticas, anheladas y en muchos casos soñadas, en donde varias de esas pautas de interacción pueden dejar abiertas las puertas al abuso –presente y futuro– y desprotegida a la persona de algunos de sus derechos fundamentales. En estas primeras relaciones nos hacemos una idea de lo que significan las relaciones de intimidad, lo que podemos esperar y lo que se espera de nosotros-as, el “precio” que tiene el seguir manteniendo la relación, etc.

Se ha dicho algunas veces que la violencia entre jóvenes es más sutil que entre adultos, por ello puede ser también importante que se preste atención a estos primeros elementos para que los-as jóvenes puedan identificar y reaccionar convenientemente. La mayoría de ellos-as creen que la violencia no es una amenaza, puesto que solo la identifican en los casos más graves que aparecen en los medios de comunicación, y tienden a explicarla por un descontrol pasajero (“se flipó”, “se rayó en ese momento”) y no la identifican como conductas coercitivas y de control, solo como agresión física. Por ello, los-as adolescentes no suelen darse cuenta de cuándo son víctimas de malos tratos, sobre todo si éstos son psicológicos, ni de las consecuencias que ello les va a ocasionar en su bienestar y en su futuro. La violencia suele instalarse de manera gradual e imperceptible –a veces, camuflada de amor, cuidados, lo importante que eres para mí, etc.– tanto en las parejas de adolescentes, como en las de jóvenes y adultos, en muy pocos casos lo hace de forma brusca e inesperada.

Sin embargo, no nos podemos quedar simplemente en las cifras sin intentar conocer tanto el contexto o las explicaciones sobre la emisión de este comportamiento, como las consecuencias que tiene (o su impacto físico y psicológico), puesto que los motivos que subyacen a estos comportamientos violentos o de abuso pueden ser diferentes y, por ello, no significar exactamente lo mismo, y porque la violencia puede variar tanto en frecuencia como en intensidad y tener unas consecuencias diferenciales por ello. Por ejemplo, con respecto al contexto, podemos señalar que algunos casos de violencia bidireccional están asociados al consumo de alcohol y drogas y tiene unas características diferenciales (O'keefe, 1997).

Siguiendo con el tema de dar importancia al contexto y a los motivos para llevar a cabo comportamientos violentos, algunos autores han argumentado que una parte de la violencia física ejercida puede ser el intento de

defenderse o de escapar de una situación desagradable (Foshee, 1996). Pongamos un ejemplo, llevar a cabo comportamientos violentos para escapar de una situación de sexo forzado no puede ser contabilizado al mismo nivel que una bofetada por haber salido con ciertas amistades que la pareja no aprobaba, es decir, no podemos asumirlo lisa y llanamente como lo mismo. DeKeseredy y Schwartz (1998) informaron que la mayoría de las chicas de su muestra que habían sido violentas físicamente, no habían iniciado ellas la agresión. Molitor y Tolman (1998) encontraron que el 70 % de las mujeres y el 27 % de los hombres informaron que sus parejas habían iniciado la violencia. Pero también hay estudios que señalan lo contrario, es decir, las chicas aparecen como las iniciadoras de la violencia física (DeMaris, 1992; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007). En resumidas cuentas, tenemos que cerciorarnos de que estamos haciendo referencia a lo mismo cuando estamos comparando un sexo con otro, ya sea en adolescentes, jóvenes o adultos. Por ejemplo, Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher (2007) señalan que los jóvenes varones agreden a su pareja fundamentalmente con objeto de dominarla y controlarla, mientras que en el caso de mujeres jóvenes se realiza como respuesta a una acción inadmisibles por parte de su pareja (infidelidad, traición, etc.) o como forma de desahogo, ante una situación de ira, etc. Makepeace (1986) hace referencia a una violencia física defensiva, utilizada por las mujeres, y a una violencia física intimidatoria, utilizada por los varones. Por tanto, aunque siga siendo violencia (injustificada), no estamos haciendo referencia al mismo tipo. Esto supone que no podemos cerrar el tema de quién agrede más como si solo se tratase de un "hit parade" como se suele hacer normalmente. Preguntar si en el último año has dado un empujón o has pegado una bofetada no nos dice nada con respecto al motivo por el que lo has hecho (muy diferente de unas personas a otras) y, por lo tanto, nos ayuda muy poco a poder interpretarlo correctamente. También puede ser interesante trabajar el grado de rechazo o aceptación de la violencia en las relaciones de pareja. Algunos estudios ponen de relieve que los chicos justifican y aprueban más la violencia con sus parejas que las chicas y que las señalan además en mayor medida como las culpables de la existencia de la misma (Díaz-Aguado, 2003; Markowitz, 2001).

Otra cuestión igualmente importante es el estudio del impacto de esta violencia en la víctima. La mayoría de los trabajos apoyan la idea de que las consecuencias de la violencia en las chicas es más severa que en la de los chicos, más consecuencias físicas y más dificultades emocionales (Follingstad, Wright, Lloyd y Sebastian, 1991; Foshee, 1996). Molitor y Tolman (1998) señalan que solo un 5% de los chicos informaron de heridas físicas en comparación con un 48% de las chicas. El estudio de las consecuencias de la violencia ha llevado a algunos autores a tener que hablar de violencia leve, moderada o fuerte para diferenciar su naturaleza y sus efectos.

### Profundizando en los tipos de violencia

Aunque la violencia puede ser física, psicológica y sexual la mayoría de las investigaciones se han centrado en la violencia física en parejas jóvenes heterosexuales y en conductas como empujar, pegar, patear, abofetear, lanzar objetos, etc.), probablemente por las posibilidades de objetivación que tiene y por la alarma social que su visibilidad ocasiona. Sin embargo, la violencia psicológica y sexual puede producir consecuencias para la salud igual o más graves que la violencia física (Echeburúa y Corral, 1998; O'Leary, 1999; Sarausa y Zubizarreta, 2000). Harned (2001) encontró, en población adolescente, que las agresiones psicológicas producían mayor estrés que las físicas.

El peligro de centrarnos sólo en la violencia física hace que perdamos de vista otros componentes psicológicos que suponen un grave menoscabo en el bienestar de la víctima y en el ejercicio de su libertad. Es importante que haya una representación adecuada de los tipos de violencia psicológica en los instrumentos que utilizamos para la obtención de datos, puesto que si no, empobrecemos el concepto y los resultados y no podemos llegar a una adecuada representación del fenómeno. Además, generalmente, la violencia psicológica precede a la violencia física (Capaldi y Crosby, 1997; Hydén, 1995; Kasian y Painter, 1992; Parker, 2006) Así, por ejem-

plo, en el estudio de White, Merrill y Koss (2001), las agresiones verbales constituían el mejor predictor para las agresiones físicas en población juvenil.

A la hora de poder explicar la alta prevalencia de la violencia física en parejas adolescentes o jóvenes tenemos que echar mano de varias cuestiones, como son la “normalización” de este tipo de conductas entre los propios jóvenes, tanto en chicos como en chicas (Hird, 2000). Varios autores han señalado que algunos de estos comportamientos (los más leves) pueden ser “las formas que tienen los-as adolescentes” de relacionarse o de querer aparentar una personalidad dura o de hacerse notar (de conjurar sus propias inseguridades) o incluso, entenderlas como bromas o formas de “vacilar” entre ellos. Podría ser interesante estudiar el fenómeno según grupos de edad, ya que podría haber diferencias entre, por ejemplo, adolescentes (14-18 años) y universitarios-as (19-26 años), como se ha demostrado en algunos estudios.

La agresión psicológica incluye conductas de desvalorización, ridiculización, insultos, humillación, aislamiento, celos, posesividad, amenazas, silencios, etc., si bien algunos estudios hablan de violencia verbal en la que sólo incluyen insultos, desvalorizaciones, ofensas y amenazas, pero no control, dominio, celos o culpabilizar a la pareja por todo lo negativo que sucede, componentes necesarios de atender cuando hablamos de violencia psicológica. Como ha puesto de manifiesto Murphy y Hoover (2001) y O’leary y Slep (2003) podemos agruparlos en varios tipos de agresiones psicológicas (a) actitudes de hostilidad y menosprecio (ej., hacerla sentir inferior, ignorarla, acusarla falsamente, culparla por todo); (b) dominar o intimidar a la pareja (ej., amenazar con hacerle daño, causarle miedo); (c) degradar a la pareja (ej., insultar, humillar), (d) un control restrictivo (ej., preguntar insistentemente a la pareja dónde ha ido y con quien, aislarla de su entorno), (e) conductas celotípicas y (f) conductas de acoso.

Las agresiones psicológicas son más difíciles de identificar que las físicas, tanto en su frecuencia como en su severidad; ésta última se estima en función del impacto subjetivo que tienen sobre las víctimas, referido a intimidación, culpa, desvalorización o sufrimiento. La tasa de prevalencia de la agresión psicológica se sitúa entre un 60 y un 94% de chicos y chicas que informan de haber agredido verbalmente a su pareja (Cascardi, Avery-Leaf, O’Leary y Slep, 1999; Ramírez, 2002; Rivera-Rivera et al. 2006; Schumacher y Slep, 2004; Shook, Gerrity, Jurich y Segrist, 2000). En nuestro país, Muñoz-Rivas, Graña, O’Leary y González (2007) informan de datos que señalan que más el 90% de los estudiantes de ambos sexos admitían haber agredido verbalmente a sus parejas, siendo las mujeres (95,3%) las que lo hacían en mayor medida que los varones (92,8 %). Podemos decir sin miedo a equivocarnos que la agresión verbal no sólo es la más frecuente, sino que es una práctica normalizada en sus relaciones de pareja entre los adolescentes y jóvenes.

En lo que se refiere a la justificación de estos comportamientos nos encontramos con que las tácticas de control y los comportamientos celosos, incluso las agresiones verbales, son aceptados en mayor medida que la violencia física y sobre todo son justificados en determinados contextos o circunstancias (Jezl, Molitor y Wright, 1996; Wolfe, Scott, Wekerle y Pittman, 2001). De esta forma, sin darse cuenta del grave perjuicio que esto puede ocasionar, se está abriendo una puerta a la normalización del abuso o maltrato psicológico que en el futuro será difícil de cerrar.

Como ya hemos comentado anteriormente existen datos contradictorios sobre si son o no las chicas las que ejercen más este tipo de violencia. Algunos autores concluyen que los niveles de victimización en estas edades son similares para ambos sexos en lo que se refiere a la violencia psicológica (Magdol, Moffitt, Caspi y Silva, 1998; White y Koss, 1991), mientras que otros postulan que son más mujeres las que la realizan, si bien también parece ser la mujer la que más violencia psicológica recibe (Jackson et al., 2000). Quizá una diferencia importante sería distinguir la violencia psicológica en su conjunto de la verbal que es una parte de ésta o tratar el maltrato psicológico en varios aspectos.

Como hemos dicho anteriormente, la falta de identificación de ciertas conductas como abusivas o violentas es uno de los problemas más importantes con los que nos topamos en este terreno. Los-as adolescentes perciben el amor con pocas dosis de realidad y muchas de romanticismo. Encontrar su “otra mitad” puede ser un fenómeno irrepetible y extraordinario y algunos de sus comportamientos como los celos o el control pueden ser

interpretados como parte de esta *unión cósmica* o fusión interpersonal entre los dos jóvenes (González y Santana, 2001). Además, dependiendo de la experiencia y edad de la víctima, ésta puede carecer del suficiente conocimiento para realizar una valoración adecuada de lo que está sucediendo y alimentar la creencia de que las relaciones afectivas suponen aguantar determinadas situaciones de desvalorizaciones y control y la renuncia a la propia autonomía, todo ello justificado sutilmente por parte de la persona que maltrata en aras del amor y de la entrega que éste supone (al ser una de las ideas erróneas que el/la adolescente tiene sobre la pareja).

Si las conductas de malos tratos son interpretadas como signos de amor y de dedicación o entrega y si la idea que manejan los-as adolescentes y jóvenes sobre el amor está impregnada de idealismo (no se puede vivir sin amor, todo se justifica por amor), no es difícil imaginar que tras las primeras situaciones de violencia la víctima intente explicar lo sucedido reinterpretándolo en función de ello y minimizando su importancia. La disonancia cognitiva inicial va desapareciendo y transformándose en la creencia de que con esfuerzo y con mayor empeño se conseguirán resolver los problemas. Sin embargo, intentar satisfacer las demandas de los-as agresores-as no sólo no garantiza el cese de la violencia, sino que contribuye a reforzar sus exigencias y a mantener una relación potencialmente destructiva (González y Santana, 2001).

Los comportamientos referidos a agresiones sexuales se refieren fundamentalmente a las presiones psicológicas o físicas (coacción, intimidación, indefensión, etc.) que se ejercen con vistas a imponer relaciones sexuales no deseadas. En este caso, sí parece por los datos que nos reportan las investigaciones, que existen diferencias entre chicos y chicas, siendo más victimizadas las segundas y cometiendo los chicos en mayor medida este tipo de abuso en comparación con las chicas (Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2009; O'Keefe, 1997; Schwartz, O'Leary y Kendziora, 1997).

Como en las relaciones de maltrato en adultos, en los jóvenes también se observa el ciclo de la violencia en donde tras una fase aguda de violencia física, psicológica y/o sexual, aparece una fase de arrepentimiento, caracterizada por el hecho de que la persona que ha perpetrado el maltrato aparece arrepentida, apenada y solícita para pedir perdón y compensar de otra manera el maltrato vivido. Este ciclo comienza con una fase de tensión que consiste en la acumulación de situaciones problemáticas y desencuentros entre la pareja, a la que le sigue la fase de explosión y la de arrepentimiento (o luna de miel) (Walker, 1984). Este ciclo de conductas perpetúa la permanencia de la víctima en la relación, mediante el refuerzo intermitente que supone.

## Factores de riesgo

En la actualidad se barajan varios factores de riesgo con respecto a la violencia en las relaciones de noviazgo que se centran fundamentalmente en factores biográficos y personales (variables demográficas, históricas y clínicas), factores interpersonales (familiares) y socioculturales (contextuales y ecológicas).

Para algunos-as autores-as, los factores socioculturales facilitarían la victimización femenina. Las creencias sobre los roles sexistas o tradicionales sobre el hombre y la mujer están relacionadas, en el caso de los varones, con la tendencia a ejercer la violencia y, en el caso de las mujeres, a disculpar o asumir los comportamientos y actitudes del agresor (Mullender, 2000, Yanes y González, 2000). Estas creencias, en la medida en que postulan un estatus de inferioridad de la mujer, pueden propiciar actitudes tolerantes hacia la violencia contra las mujeres, amparadas por el desequilibrio de poder existente en nuestra sociedad entre ambos sexos.

Sin embargo, lo anteriormente expuesto sólo sirve para explicar parte del problema, fundamentalmente aquella que tiene que ver con la violencia masculina y la victimización femenina. Como ha puesto de manifiesto Rey (2008), las altas tasas de violencia femenina en la adolescencia –que no se conservan en la adultez– entrañan una cierta instrumentalidad, en el sentido de que pueden utilizar las conductas violentas como forma de generar una mayor equidad dentro de la pareja, o como forma de manejar estados de inseguridad o ira, mientras que los varones las utilizarían para reafirmar su masculinidad (una forma para ejercer control y poder para conseguir que se haga lo que él quiere) (Miller y White, 2003).

Las experiencias previas de victimización dentro y fuera de la familia han sido otro de los elementos tenidos en cuenta como factor de riesgo. La pertenencia a una familia donde se ha producido violencia contra la mujer (o contra el hombre), en lo que se refiere a la exposición a la misma (lo que se vive y observa ya genera victimización) o, en su caso, haber sido víctima directa de cualquier tipo de malos tratos infantiles (Matud, Marreño, Carballeira et al., 2003), constituye el factor de riesgo más tradicionalmente asumido en este terreno. Ahora bien, no todos los niños y niñas que han presenciado o sufrido un clima familiar violento desarrollan en el futuro este tipo de conducta, por lo que tendríamos que empezar a hablar de factores de protección o de que en realidad no hay una relación tan directa. Entre los primeros podemos señalar una buena autoestima, alto rendimiento académico, y adecuadas habilidades sociales (Fernández-Montalvo, Echeburúa y Amor, 2005). Con respecto a los segundo, aproximadamente sólo un tercio de los varones maltratadores tienen antecedentes de maltrato, lo cual nos señala que son más los que no los han tenido que los que los han tenido.

Por otra parte, el hecho de que en nuestra sociedad cada vez se admita con mayor facilidad que la violencia es una forma más o menos aceptada de conseguir nuestros propósitos o zanjar diferencias, está propiciando una mayor tolerancia, en general, a aceptar la violencia en las relaciones interpersonales y especialmente en las relaciones de pareja. La normalización de la violencia como estrategia para solucionar conflictos es algo fácilmente constatable y puede llegar a aceptarse por los dos miembros de la pareja (Díaz-Aguado, 2004, Smith, Winokur y Palenski, 2005). Esta aceptación está muy relacionada con el siguiente factor de riesgo que vamos a mencionar y que se refiere a la observación de la utilización del maltrato o abuso en las parejas de su entorno próximo.

La pertenencia a grupos donde otros pares han ejercido la violencia es, pues, el factor contextual que ha emergido recientemente como necesario a tener en cuenta para explicar la violencia en las relaciones afectivas de adolescentes y jóvenes. Olsen, Parra y Bennet, (2010) señalan que los jóvenes están inmersos en una cultura de la violencia que les avoca tanto a la perpetración de la violencia como a la victimización por su causa.

Los datos de varias investigaciones también señalan que haber ejercido violencia en parejas anteriores es un factor de riesgo a tener en cuenta, en mayor medida que otros, ya que hay una alta probabilidad de que se vuelva a ejercer violencia en otra relación si con ello la persona ha obtenido el control de la misma, seguridad y la realización de su deseo (Cano, Avery-Leaf, Cascardy y O'Leary, 1998).

Por otro lado, las características personales como impulsividad, celos, escasas habilidades sociales a la hora de afrontar el conflicto, dependencia, etc., han sido también propugnadas como elementos que pueden favorecer comportamientos de maltrato (González-Ortega et al., 2008; González, Muñoz, Graña, 2003). De igual manera, un apego inseguro ha sido también estudiado (Wekerle y Wolfe, 1998).

Finalmente, mencionamos el abuso de alcohol y drogas por ser una de las pseudocausas de la violencia en las relaciones afectivas, ya que si bien constituye un importante factor de riesgo en ningún caso debe ser conceptualizado como factor causal, ya que hay muchas personas que maltratan sin haber consumido ninguno de estas sustancias y muchas personas que las consumen y no realizan ninguna de ellas (Olsen, Parra y Bennet, 2010).

Lo más importante es entender que no se trata de elementos aislados sino que la interrelación de muchos de ellos pueden ocasionar actitudes y comportamientos violentos hacia la pareja. Sears, Byers y Price, (2007) pusieron de manifiesto que la co-ocurrencia de factores de riesgo en adolescentes como actitudes permisivas hacia la violencia, haberla observado en la familia, junto a la percepción del uso de diferentes tipos de violencias por parte de iguales pueden actuar como elementos que legitiman el uso de la misma.

## Consecuencias para la salud

Como hemos dicho anteriormente, aunque las conclusiones apuntan a que la violencia en las parejas jóvenes es bidireccional en más de la mitad de los cursos, las investigaciones han encontrado que el impacto y las con-

secuencias para la salud de la violencia en el noviazgo no son simétricas, sino que afectan más a las chicas que a los chicos, sobre todo en lo referente a heridas, trastornos alimentarios y ansiedad.

En cuanto a las consecuencias físicas para la salud, la investigación muestra que las heridas en las chicas debidas a la violencia son de mayor grado que las sufridas por los chicos en similares circunstancias (Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary, González, 2006; O'Leary, Smith, 2003). De hecho, la mayoría de las investigaciones coinciden en que las agresiones contra las mujeres en las relaciones de noviazgo tienen un carácter más perjudicial y consecuencias más graves en la salud física de ellas (González, Muñoz, Graña, 2003).

Estos resultados están muy relacionados con los que encuentran González y Santana (2001) con muestra española. Estas autoras hallaron que, independientemente de quién empezara la agresión, los chicos tienen mayor probabilidad de terminar usando formas de violencia más peligrosas. Las chicas, por lo tanto, tienen mayor probabilidad de sufrir mayores consecuencias por lo que estas autoras postulan que las consecuencias en la salud no son equiparables para chicos que para chicas. Además, la investigación ha mostrado que la probabilidad de sufrir heridas graves ocasionadas por la violencia es mayor a mayor edad en las chicas, aunque la violencia sea bidireccional (Foshee, 1996). Molidor y Tolman (1998, 2000) preguntaron a estudiantes de instituto acerca del peor incidente de violencia que había ocurrido en sus relaciones de noviazgo. Los chicos de su estudio que habían sufrido agresión física por parte de sus novias (5%) relataron que aquello no había tenido ningún efecto en ellos o que el efecto había sido pequeño en el 90% de los incidentes. Sin embargo, el 48% de su muestra femenina respondió que aquel incidente les había hecho mucho daño y el 34% sufrieron algún tipo de heridas. Solamente el 9% de las chicas dijeron no haber sufrido ningún efecto tras el incidente violento.

En cuanto a consecuencias psicológicas, se ha encontrado datos contradictorios. Existen estudios que sostienen que el impacto psicológico es asimétrico y distinto para chicas que para chicos, mientras que otras investigaciones encuentran efectos similares de la violencia para ambos miembros de la pareja. Los estudios de Ackard y Neumark-Sztainer (2002) señalaron que hay consecuencias de la violencia en los desórdenes alimentarios para ambos sexos, aunque los porcentajes son mayores en las chicas que en los chicos. Por ejemplo, los chicos que habían sufrido violencia en sus relaciones de pareja tenían atracones (11%), habían vomitado en los últimos 12 meses (1%) o habían tomado laxantes en los últimos 12 meses (0.9%). Los porcentajes que encontraron de la prevalencia de estas conductas en las chicas eran mayores: habían tenido atracones (24.4%), habían vomitado en los últimos 12 meses (7.6%) o habían tomado laxantes en los últimos 12 meses (1.5%).

Otras investigaciones que han encontrado resultados similares para chicos y para chicas son las investigaciones de Harned (2001) en cuanto a la prevalencia de ansiedad, depresión y estrés pos-traumático, excepto en la preocupación por el cuerpo en el que la violencia física leve tiene un efecto en las chicas, lo que explica la auto-ra como parte de la socialización de género. Sin embargo, en cuanto a la ansiedad, Magdol, Moffitt, Caspi, Newman, Fagan y Silva (1997) encontraron resultados contradictorios en los que las chicas víctimas de agresiones severas tenían mayor grado de ansiedad que los chicos víctimas.

En el tema de la autoestima y la depresión la evidencia disponible no se sitúa en la misma línea en cuanto a los resultados obtenidos en las distintas investigaciones realizadas. Mientras que en algunos estudios no se encuentran relaciones entre la victimización y la autoestima (Cleveland, Herrera y Siewi, 2003), otros, como el llevado a cabo por Pflieger y Vazsonyi (2006) muestran que, en víctimas, la autoestima es una variable mediadora en cuanto a la decisión de romper la relación, por lo que la consideran como un factor de riesgo o de protección, sobre todo en jóvenes con niveles socio-culturales bajos. Por otra parte, la investigación de Katz, Washinton, Coblentz (2002) relaciona la violencia con una menor satisfacción y felicidad en sus relaciones de pareja, para ambos sexos.

La investigación realizada por Howard y Wang (2003) con 7824 chicas estadounidenses que habían sufrido violencia en sus parejas, encontró que ésta estaba relacionada en las chicas con sentimientos de tristeza, ideación suicida, consumo de drogas –sobre todo cocaína–, uso de armas y tener varias parejas sexuales. Por su

parte, el estudio de Rivera-Rivera et al. (2006) puso de manifiesto, en una muestra de 4.587 chicas mexicanas, que el maltrato en las relaciones de pareja estaba relacionado con depresión, consumo de alcohol y tabaco y bajo rendimiento escolar. El consumo de drogas fue también puesto de manifiesto por Ackard y Neumark-Sztainer (2002) para ambos sexos. Por último, y con el objetivo de hacer explícitos resultados contradictorios, es oportuno destacar la investigación de Magdol y Fagan (1997) donde se encontró que la violencia en la pareja se relaciona con el desempleo, bajo apoyo social, consumo de sustancias, síntomas depresivos, y violencia contra extraños en chicos en mayor medida que en chicas.

## A modo de epílogo

Un acercamiento al tema de la violencia en las relaciones afectivas de adolescentes y jóvenes nos enfrenta con una realidad preocupante no sólo por su elevada frecuencia sino también por el coste emocional y de salud que conlleva. Prevenir y actuar en los primeros momentos debería ser entendido por nuestras autoridades educativas y sanitarias como algo prioritario si queremos atajar la violencia en la pareja y si deseamos que la población -sobre todo joven- se conciencie del tema. Dar la posibilidad de construir una relación de pareja sana e igualitaria es uno de las inversiones más rentables para la felicidad de la persona y de la sociedad.

Muchas de las confusiones, fallos y desconocimientos que tiene hoy nuestros jóvenes sobre lo que implica una relación de pareja provienen del escaso aprendizaje emocional que tienen o, si así lo preferimos, de la escasa inteligencia emocional que han desarrollado en un terreno al que nadie parece mirar y del que nadie les enseña. Sin embargo, vemos que las repercusiones de la violencia (física, psicológica y sexual) son importantes y merece la pena que realicemos un esfuerzo por erradicarla, ayudando a su detección y al “sanear” de aquellas condiciones individuales y sociales que la hacen posible.

En este sentido se están realizando programas preventivos para desarrollar en colegios, institutos, etc., que tienen buenos resultados pero que, sin embargo, reciben una aceptación muy diferencial dependiendo de la institución concreta en el que se desarrollen. Estos programas tiene como objetivo sensibilizar a los-as jóvenes, ayudarles a identificar la violencia de cualquier tipo, promover unas relaciones más igualitarias, deshacer mitos, favorecer el desarrollo y el crecimiento de la persona preparándola para su relación de pareja y favorecer la adquisición de habilidades y toma de conciencia novedosas, etc. Nuestro equipo de investigación está en estos momentos realizando algunos de estos programas. Esperamos que los datos avalen la importancia de llevarlos a cabo y sirvan para que, de una vez, se realice una apuesta fuerte por ello.

## Referencias

- Ackard, D.M., Neumark-Sztainer, D. (2002). Date violence and date rape among adolescents: associations with disordered eating behaviors and psychological health. *Child Abuse Neglect*, 26, 455-473.
- Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Psychological Bulletin*, 126, 651-680.
- Cano, A., Avery-Leaf, S., Cascardy, M. y O’Leary, (1998). Dating violence in two high school samples: Discriminating variables. *Journal of Primary Prevention*, 18, 431-446.
- Capaldi, D.M. y Crosby, L. (1997). Observed and reported psychological and physical aggression in young, at-risk couples. *Social Development*, 6, 184-206.
- Caruana, C. (2005). Family law update: Changes to Federal family law and State domestic violence legislation. *Family Matters*, 70, Autumn, 66-67.
- Cascardi, M., Avery-Leaf, S.A., O’Leary, K.D. y Slep, A.M.S. (1999). Factor structure and convergent validity of the Conflict Tactics Scale in high school students. *Psychological Assessment*, 11, 546-555.

- Cleveland, H; Herrera, V; Stuewig, J. (2003). Abusive males and abused females in adolescent relationships: risk factor similarity and dissimilarity and the role of relationship seriousness. *Journal of Family Violence* 18, 325-339
- DeKeseredy, W.S. y Schwartz, M.D. (1998). Male peer support and women abuse in postsecondary school courtship: Suggestions for new directions in sociological research. En R.K. Bergen (Eds.), *Issues in intimate violence* (pp. 83-96). Thousand Oaks, CA: Sage.
- DeMaris, A. (1992). Male versus male initiation aggression: The case of courtship violence. En E.C. Viano (Eds.), *Intimate violence: Interdisciplinary perspective* (pp. 111-120). Washington, DC: Hemisphere.
- Díaz-Aguado, M.J. (2003). Adolescencia, sexismo y violencia de género. *Papeles del Psicólogo*, 84, 35-44.
- Echeburúa, E. y Corral, P. (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Fernández-Montalvo, J., Echeburúa, E. y Amor, P.J. (2005). Aggressors against women in prison and in community: An exploratory study of a differential profile. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 49, 158-167.
- Follingstad, D.R., Wright, S., Lloyd, S. y Sebastian, J.A. (1991). Sex differences in motivations and effects in dating violence. *Family Relations: Interdisciplinary Journal of Applied Family Studies*, 40, 51-57.
- Foshee, V.A. (1996). Gender differences in adolescent dating abuse prevalence, types and injuries. *Health Education Research*, 11, 275-286.
- Foshee, V.A. Bauman, K.E. Linder, F., Rice J. y Wilcher, R. (2007). Typologies of adolescent dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 498-519.
- Frederick, A.A. y Susan, G. (2005). Dating violence in college women: Associated Physical injury, Healthcare usage, and Mental health symptoms. *Nursing Research*, 54, 235-242.
- Fritz, P.A. y O'Leary, K.D. (2004). Physical and Psychological partner aggression across a decade: a growth curve analysis. *Violence and victims*, 19, 3-16.
- González, M.P., Muñoz, M.J., Graña, J.L. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes: Una revisión. *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 3, 23-39.
- González, M. P., Muñoz-Rivas, M., Peña, M. E. Gámez, M., Fernández, L. (2007). Análisis de las conductas agresivas en las relaciones de noviazgo en una muestra juvenil de la Comunidad Autónoma de Madrid. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 7, 97-111.
- González-Ortega, I., Echeburúa, E., Corral, P. de (1998). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Psicología Conductual*, 16, 207-225.
- González, R. y Santana, J.D. (2001). Violencia en parejas jóvenes. Análisis y prevención. Madrid: Pirámide.
- Gray, H. y Foshee, V. (1997). Adolescent dating violence: Differences between one-sided versus mutually violent profiles. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 126-141.
- Harned, M.S. (2001). Abused women or abused men? An examination of the context and outcomes of dating violence. *Violence and Victims*, 16, 269-85.
- Hird, M.J. (2000). An empirical study of adolescent dating aggression in the U.K. *Journal of Adolescence*, 23, 69-78.
- Howard, D.E. y Wang, M.Q. (2003). Risk profiles on adolescent girls who were victims of dating violence. *Adolescence*, 38, 1-14.
- Hydén, M. (1995). Verbal aggression as prehistory of woman battering. *Journal of Family Violence*, 10, 55-71.
- Jackson, S.M., Cram, F. y Seymour, F.W. (2000). Violence and sexual coercion in high school students' dating relationships. *Journal of Family Violence*, 15, 23-36.
- Jezi, D.R., Molidor, C.E. y Wright, T.L. (1996). Physical, sexual and psychological abuse in high school dating relationships: Prevalence rates and self-esteem issues. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 13, 69-87.
- Kasian, M. y Painter, S.L. (1992). Frequency and severity of psychological abuse in a dating population. *Journal of Interpersonal Violence*, 7, 350-364.

- Katz, J; Washington, S; Coblenz, A. (2002). "Are there gender differences in sustaining dating violence? An examination of frequency, severity, and relationship satisfaction." *Journal of Family Violence* 17, 247-271.
- Kury, H., Obergfell-Fuchs, J. y Woessner, G. (2004). The extent of family violence in Europe. A comparison of National Surveys. *Violence Against Women*, 10, 749-769.
- Magdol, L., Moffitt, T., Caspi, A., Newman, D., Fagan, J. y Silva, P. (1998). Gender differences in partner violence in a birth cohort of 21-year-olds: Bridging the gap between clinical and epidemiological approaches. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 65, 68-78.
- Makepeace, J.M. (1986). Gender differences in courtship violence victimization. *Family Relations*, 35, 383-388.
- Magdol, L., Moffitt, T. E., Caspi, A., Fagan, J y Silva, P.A. (1998). Developmental antecedents of partner abuse: A prospective-longitudinal study. *Journal of Abnormal Psychology*, 107, 375-389.
- Malik, S., Sorenson, S.B. y Aneshensel, C.S. (1997). Community and dating violence among adolescents: perpetration and victimization. *Journal of Adolescent Health*, 21, 291-302.
- Markowitz, F. E. (2001). Attitudes and family violence: linking intergenerational and cultural theories. *Journal of Family Violence*, 16, 205-218.
- Matud, M.P. (2007). Dating violence and domestic violence. *Journal of Adolescent Health*, 40, 295-297.
- Matud, M.P., Marrero, R.J., Carballeira, M., Pérez, M.L., Correa, M.L., Aguilera, B. y Pérez, T. (2003). Transmisión intergeneracional de la violencia doméstica. *Psicología Conductual*, 11, 25-40.
- Miller, J., White, N. A. (2003). Gender and adolescent relationship violence: A contextual examination. *Criminology*, 41, 1207-1248.
- Molidor, C. y Tolman, R. (1998). Gender and contextual factors in adolescent dating violence. *Violence Against Women*, 4, 180-194.
- Mullender, A. (2000). *La violencia doméstica; una revisión de un viejo problema*. Barcelona: Paidós.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L. O'Leary, D. y González, M. P. (2007). Aggression in adolescent dating relationships: Prevalence, justification and health consequences. *Journal of Adolescent Health*, 40, 298-304.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L. O'Leary, D. y González, M. P. (2009). Prevalence and predictors of sexual aggression in dating relationships of adolescents and young adults. *Psicothema*, 21, 234-240.
- Murphy, C.M. y Hoover, S. A. (2001). Measuring emotional abuse in dating relationships as a multifactorial construct. En K.D. O'Leary y Maiuro, R.D. (Eds.), *Psychological abuse in violent relationships* (pp. 29-46). New York: Springer.
- O'Keefe, M. (1997). Predictors of dating violence among high school students. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 546-68.
- O'Leary, K.D. (1999). Developmental and affective issues in assessing and treating partner aggression. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 6, 400-414.
- O'Leary, K.D. y Slep, A.M. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32, 314-327.
- O'Leary, K.D., Watson, J.M., Cascardi, M. y Avery-Leaf, S. (2001). High school students' responses to dating aggression. *Violence and Victims*, 16, 339-348.
- Olsen, J. P., Parra, G. R., Bennet, S. A. (2010). Predicting violence in romantic relationships during adolescence and emerging adulthood: A critical review of the mechanisms by which familial and peer influences operate. *Critical Psychology Review*, 30, 411-422.
- Parker, L.M. (2006). A structural equation model for predicting dating violence: Anger, attitudes toward violence, psychological abuse and physical aggression. Dissertation Abstracts International Section-B: The Sciences and Engineering, 67(2-B), 1160.
- Pflieger, J.C. y Vazsonyi, A.T. (2006). Parenting processes and dating violence: The mediating in low and high SES adolescents. *Journal of Adolescence*, 29, 495-512.
- Ramírez, I.L. (2002). Prevalence and chronicity of dating partner violence among a sample of Mexican male

- and female university students. Obtenido en Enero, 2004, de la Universidad de New Hampshire, Family Research Laboratory página web <http://pubpagesunh.edu/~mas2>
- Rey, C. A. (2008). Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociadas con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 26, 227-241.
- Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R. y Lazcano-Ponce, E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12 – 24 años). *Salud Pública de México*, 48, 288-296.
- Sarausa, B. y Zubizarreta, I. (2000). Violencia en la pareja. Málaga: Aljibe.
- Schumacher, J.A. y Slep, A.M. (2004). Attitudes and dating aggression: A cognitive dissonance approach. *Prevention Science*, 5, 231-243.
- Schwartz, M., O’Leary, S.G. y Kendziora, K.T. (1997). Dating aggression among high school students. *Violence and Victims*, 12, 295-305.
- Sears, H. A., Byres, E. A., Price, E. L. (2007). The co-occurrence of adolescent boys’ and girls’ use of psychologically, physically, and sexually abusive behaviours in their dating relationships. *Journal of Adolescent*, 30, 487-504.
- Shook, N.J., Gerrity, D.A., Jurich, J. y Segrist, A.E. (2000). Courtship Violence Among College Students: A Comparison of Verbally and Physically Abusive Couples. *Journal of Family Violence*, 15, 57-75.
- Smith, P.H., White, J.W. y Holland, L. (2003). A Longitudinal perspective on dating violence among adolescent and college-age Women. *American Journal of Public Health*, 93, 104-110.
- Smith, A., Winokur, K., Palenski, J. (2005). What is dating violence? An exploratory study of Hispanic adolescent definitions. *Journal of Ethnicity in Criminal Justice*, 3, 1-20.
- Sprecher, S. (1999). “I love you more today than yesterday”: Romantic partners perceptions of changes in love and related affect over time. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, 46-53.
- Straus, M.A. (2004). Prevalence of violence against dating partners by male and female university students worldwide. *Violence Against Women*, 10, 790-811.
- Straus, M.A. y Savage, S.A. (2005). Neglectful behavior by parents in the life history of university students in 17 countries and its relation to violence against dating partners. *Child Maltreatment: Journal of the American Professional Society on the Abuse of Children*, 10, 124-135.
- Swart, L.A., Garth, M.S. y Ricardo, I. (2002). Violence in adolescents’ romantic relationships: findings from a survey amongst school-going youth in a South African community. *Journal of Adolescence*, 25, 385-395.
- Swart, L.A., Mohamed-Seedat, G.S. y Izabel, R. (2002). Violence in adolescents’ romantic relationships: findings from a survey amongst school going youth in a South African community. *Journal Adolescent*, 25, 385-395.
- Walker, L.E. (1984). *Abused women and survivor Therapy: A practical guide for the Psychotherapist*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Wekerle, C. y Wolfe, D.A. (1998a). Prevention of physical abuse and neglect: Windows of opportunity. En P.K. Trickell y C. Schellenbach (Eds.), *Violence against children in the family and the community* (pp. 339-370). New York: APA Books.
- White, J.W. y Koss, M.P. (1991). Courtship violence: Incidence in a national sample of higher education students. *Violence Victims*, 6, 247-256.
- White, J.W., Merrill, L.L. y Koss, M.P. (2001). Prediction of premilitary courtship violence in a Navy recruit sample. *Violence and Victims*, 16, 910-927.
- Wolfe, D.A., Scott, H., Wekerle, C. y Pittman, A.L. (2001). Child maltreatment: risk of adjustment problems and dating violence in adolescence. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 40, 282-289.
- Yanes, J.M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12, 41-48.

## Referencias Web de interés

- <http://www.educacionenvalores.org/spip.php?mot44> Página Web acerca de material en educación en valores. En el apartado de violencia de género aparecen distintos temas para la reflexión: cine, libros, artículos, noticias de interés... todos ellos referidos a la violencia de género adolescente tanto en nuestro país como en el mundo entero y escrito por diferentes autores/as.
- <http://www.guiaviolenciadegenero.com> Pagina Web acerca de la violencia de género adolescente especialmente capacitada para los jóvenes con un lenguaje cercano y sencillo. En esta página Web aparece información acerca de lo que es una relación y acerca de cuándo esa relación es violenta en forma didáctica y gráfica. Además, se incluye un test sencillo que pueden rellenar fácilmente los y las adolescentes para identificar si su relación es o no violenta.
- <http://www.educandoenigualdad.com> Portal Web con numerosos accesos a material para la educación en Igualdad en todo el ámbito educativo. El portar dispone de una agenda de cursos y seminarios que se realizan en todo el país acerca sobre Igualdad y una amplia relación de temas relacionados: valores, literatura, arte, ciencia, familia.
- [http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=MIGU\\_NotaPrensa\\_FA&cid=1244648263808&language=cas\\_ES&pageid=1193047406588&pagename=MinisterioIgualdad%2FMIGU\\_NotaPrensa\\_FA%2FMIGU\\_notaPrensa](http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=MIGU_NotaPrensa_FA&cid=1244648263808&language=cas_ES&pageid=1193047406588&pagename=MinisterioIgualdad%2FMIGU_NotaPrensa_FA%2FMIGU_notaPrensa) Portal Web del Ministerio de Igualdad en el cual aparecen los datos del estudio nacional finalizado en 2010 que se ha realizado en nuestro país acerca de la violencia de género en los adolescentes españoles con una muestra de 11.020 estudiantes.
- <http://www.redfeminista.org/noticia.asp?id=6977> Portal Web especializado en violencia de género, tanto adulta como adolescente con las principales noticias y artículos escritos al respecto. La Web incluye estadísticas actualizadas acerca de la violencia de género en nuestro país así como una relación amplia de noticias recientes e informes institucionales de los principales centros especializados.

Manuscrito recibido: 22/03/2010

Revisión recibida: 30/04/2010

Manuscrito aceptado: 05/05/2010